

APARECE

Los  
JUEVES Y DOMINGOS

# EL ARGOS

Precios de subscrip-  
ción

Por un mes... 70 cts

Número del día... 0 10

Atrazado... 00

Gerente:—RAOUL S. PARODI.

OFICINAS 18 DE JULIO, 101  
103 Y RIO NEGRO 96 Y 98

SERVICIO A TODA HORA DEL DIA

## PERIODICO COMERCIAL, POLÍTICO Y LIBERAL

*Órgano de los intereses del Departamento.*Propietario y Administrador  
ALFREDO PARODIA CUYO NOMBRE DEBE DIRIJIRSE  
LA CORRESPONDENCIA

### AVISO

Se admiten los artículos y remitidos que a juicio de la dirección sean de interés público. En ningún caso se devuelven los originales. Todo trabajo que se encomienda al establecimiento deberá ser abonado la mitad de su importe adelantado.

#### Almanaque

Jueves 5.—Stos. Vicente Ferrer y Zenón.

Viernes 6.—De dolores.—San Celestino papa y San Guillermo ob.—Abs. financia.

Cuarto menguante a las 5 y 19 minutos p.m.

Sábado 7.—Stos. Epifanio y Ciria co.

Sol sale a las 6 y 12 y se pone a las 5 y 56.  
Van 91 días transcurridos faltando 274 para fin de año.

### EL ARGOS

DURAZNO, ABRIL 2 DE 1900.

### ¡Por la verdad!

NO BUSCAMOS MÁS QUE LA VERDAD, Y NOS AVERGONZARÍAMOS DE HACER DE LA HISTORIA LA CALUMNIA DE LOS MUERTOS.

A. de Lamartine.

No ha muchos días que, por una rara casualidad, llegaba a mis manos un diario clerical intitulado «La Unión Católica» y leía,—con esa especie de commiseración y de indulgencia que inspiran siempre el estroivo lamentable de los que, en aras de un credo, sólo aciertan a destruir o injuriar a los que de manera distinto piensan, haciendo mano de diatribas y subterfugios pedidos al sofisma ó al absurdo,—leía, repito, un artículo,—esbozo de novela,—que tenía por epígrafe «El Padre Juan».

Comenzaba así: «No recuerdo si era dominico ó franciscano; lo que sí puedo asegurar es que en aquel fraile se condensaban todas las virtudes humanas. Enjuto, de arrugado rostro, blanca la barba, agobiado el cuerpo bajo el peso de cincuenta años de austeridades y mortificaciones, caminaba modesto y humilde por el mundo, predicando con el ejemplo y la palabra las enseñanzas del Divino Maestro.»

«Padre Juan le llamaba el pueblo.» De la misma, de la mismísima manera, que otro cuentero que he leído, y en el que se referían las hazañas de un héroe parecido, siquier, que su autor, mas honesto en sus miras, más honrado en sus intenciones, había tenido el buen cuidado de rotular al libro: «Cuentos para la niñez.»

Del contexto del relato se deducía que el tal P. Juan fué un personaje anónimo que murió, víctima de su amor al prójimo,

mo, en uno de los liberales y masones que hicieron en España la revolución de Agosto de 1835.

Reproducen el lector con ayuda de su imaginación un cuadro en el que se mira por un lado todas las bellezas morales, todas las virtudes (el P. Juan); y por el otro la barbarie, el crimen, la ferocidad, el instinto de la hiena,—y esto todavía cargado con las tintas más negras,—(liberales y masones), y finjase escenas espeluznantes, patéticas, dramáticas, trágicas, etc., y tendrá un retrato fiel de la historia que nos refiere el mencionado órgano del «Comité del Cordón.»

Sin embargo, lector, como es tan interesante la fabulita que se nos refiere, no puedo resistir a la tentación de hacer (aunque mas no sea) un compendiado resumen de ella. Así va pues:

El P. Juan asistía a una pobre y devota anciana, octogenaria, a la que hacía «los oficios de cocinera, médico y practicante», además de desempeñar la comisión de conseguir la limosna, y que sin su auxilio lo hubiera pasado mal «porque se hallaba completamente abandonada de todos, y mientras los masones y liberales de entonces hacían lo que los de ahora, gitan mucho y muy alto, habiéndose de igualdad y de fraternidad y de libertad, sin acordarse para nada de los que sufren, el catolicismo corrió allí donde la caridad lo llamaba, y simbolizado en el P. Juan (que era un dechado de virtudes) llevó el socorro a las necesidades de la abandonada vieja.»

Un buen día se llegaron hasta allí los liberales y masones comandados por Malasangre, (1) y con todo el faror que les es ingénuo lo cogieron a nuestro buen P. Juan, y casi lo reducen a migajas, a juzgar por lo que nos cuenta el articulista de la siguiente manera: «La chusma, sin ocuparse para nada de la vieja, epulenterse del P. Juan, y de empujones, de palmos, de pinchazos, unas veces riendo, otras por sus pies, bajó la escalera el fraile entre un diluvio de insultos y de golpes; y más adelante: «Mientras buscaban la cuerda (tratábase de colgarle en un farol, aquellos herejes se entretuvieron en martirizar a la víctima que, pálido, apenas se sostenía a la pared, recibiendo con santa resignación toda aquella tempestad de improperios y de escarnios.»

Lo dicho lector, que casi lo pulverizaron.

Pero bien, ya basta de divagaciones vengamos ahora a lo serio; a lo que más importa.

(1) A mí se me antoja suponer (por que esto de las suposiciones es un derecho personalísimo) que nuestro cuentero leyó en Luis Candelas y los bandidos de Madrid algún pasaje análogo al que nos relata, llevado a cabo por ese Malasangre (que es precisamente el apodo de uno de los personajes de la obra) y es claro se figuró que solo los liberales y masones podrían componer aquella cuadrilla de salteadores; y ¡pás! nos espectáculo su historia. No se crea que esta mi suposición es infundada, no, pues, casualmente, creo que fué,—si es que mi memoria no me juega una mala partida,—en 1830 y tantos, cuando Luis Candelas dió una organización rigurosa a sus «deberes bandoleros». Lo que impugno al autor del «Padre Juan» es que no haya eado también a Churumbelo a Malasmata, ó Traganinos ó a Balceiro, para que la cosa no resultara tan mal repartida, pues que sólo lo hace caer su santo y tremendo anatema sobre Malasangre, en vez de haberlo con equidad entre estos otros masones y liberales.

¿Con que fueron liberales y masones los que cometieron este crimen inaudito, pero anónimo?

Bien: y ¿serían liberales y masones también los que en la nunca jamás olvidada tristísima noche del 21 de Agosto de 1872, ensangrentaron las calles de París, y a Francia entera, con la horrosa matanza de más de 30,000 protestantes?

¿Sería masón ó liberal el Cardenal Lorrainse que bendijo los puñales de los victimarios?

¿Sería liberal ó masón el Rey Carlos IX que excitaba a sus tropas para que la hecatombe no se salvaran ni los dudosos?

¿Sería masón ó liberal el Papa León X que mandó acuñar medallas para premiar a los instigadores y actores de aquel crimen?

Aquí no cabe la duda; aquí citamos hechos y nombres positivos; aquí nada es anónimo; aquí es la Historia la que levanta su voz con autoridad, y falla con su juicio inapelable.

Pero esto no es nada.—¿Serían también liberales y masones los que preparaban los bárbaros tormentos de ese infame Tribunal de la Inquisición que como dice Schopenhauer está aún «clamando de venganza a Dios, si es que Dios existe?»

¿Serían liberales y masones los que, acompañando al Duque de Alba, mandado por Felipe II de España, para ahogar en Holanda la voz de la verdad—degollaron a 18 000 holandeses?

¿Serían liberales y masones los que respondían al Papa Julio II, y llamaban a cabo sus vandálicas cruzadas?

¿Serían liberales y masones los que sujetaron al más repugnante de los martirios a aquella pobre mujer hugonota en 1635, bajo el reinado de Luis el Gordo y en Octubre de 1589, en Méjico, a la niña Leonor Martínez de 13 años de edad?

¿Serían liberales ó masones los que en 1470-76 pedían a Sixto IV y a Inocencio III, Papas, que erigiesen en España el Tribunal de la Inquisición «a fin de restablecer en su pureza la religión y el culto cristiano», contaminados por el largo y continuo dominio de los mahometanos?»

¿Serían liberales y masones los que en 1791,—cuando la Francia, grande y patriota se daba una Constitución Civil,—despreciaban una ley que coartaba privilegios irritantes, y cometían, en venganza hechos repudiables en la Vendée y la Provenza. Llevando su exaltación hasta asesinar en los mismos templos,—como lo hicieron en Lyon, en Caen y en Avignon,—a sus cofrades que habían jurado reconocimiento a la nueva Constitución?

¿Serían liberales ó masones los que en 1814, cuando la Restauración Borbónica en España, pedían a grito en cuello, el restablecimiento del Tribunal de la Inquisición para castigar y ahogar la idea de la libertad, como degradingamente lo consiguieron por ley de 21 de Julio?

¿Serían liberales y masones los que con el Rey Fernando de Nápoles, en Mayo de 1821, cometían los actos más vandálicos y salvajes que puedan imaginarse con los patriotas carbonarios, llegando en sus furiosos hasta registrar las casas de los más indiferentes en busca de las obras de Voltaire y de Rousseau,—los apóstoles de la libertad,—para quemarlas públicamente?

entusiasta de la obra de Torquemada?

¿Serían liberales ó masones los que inspiraron al Código Teodosiano leyes como estas: «Nosotros queremos que todos renuncien al ejercicio del culto pagano. Si alguno desobedece que caiga bajo el hacha vengadora?»

Lo serían igualmente, los que en 389 seguían al mismo emperador cristiano en su cruzada al Egipto para desolar a este, derrumbando todos sus templos, y haciendo así efectiva otra ley del citado Código, que decía: porque estirpando los edificios se estirpa la materia misma de la superstición?»

¿Serían liberales ó masones los que en 382 promulgaron la bárbara ley, por la que se perseguían, como a fieras, a los infelices Maniqueos?

¿Serían liberales ó masones los que preparaban las hogueras de Torquemada, y los que llevaron a cabo ó aplaudieron los ineficaces exterminios de Tolosa?

¿Serían también liberales ó masones los que en el noveno Concilio de Toledo en 655, establecieron que los herejes fueran «PERSEGUIDOS, CONDENADOS, Y CASTIGADOS, SIN CONSIDERACIÓN ALGUNA A EDAD Ó SEXO?»

¿Sería liberal ó masón el Papa Alejandro VI, el criminal más canoso que haya podido jamás sentarse en un trono que se llama sagrado?

¿Lo sería acaso Benedicto IX?

¿Sería, por ventura, los que encerraban en los inmundos calabozos de los plomos de Venecia y en los de Spielberg, verdaderas tumbas de vivos,—a los que cometían el grave delito de amar entrañablemente la Patria y la libertad civil?

Hablan demasiado eloquentemente estas citas para que nos detengamos a añadir algo más, ó a comentarlas.—Sólo, si, diésemos aquí, que no recurrimos a hechos anónimos, perdidos en las masas informes de un populacho exaltado, para arrojar al rostro de nuestros adversarios una afronta que no recurrimos a la fantasía, a la imaginación, a la novela para señalar errores. Mas tales avanzamos con fé y resuelto en el campo de la Historia para obtener piezas de proceso, y juzgar y fallar y condenar.

Y la historia es una y única. Como dice Strossmayer no es como el barro que amasa el alfarero, y al que puede dársele la forma que se desea, sino que es como un diamante que esculpe en un cristal palabras indelebles. Y la Historia no se borra,—como lo ha dicho también el eminente teólogo que citamos,—aún cuando por sobre ella se haga correr toda el agua del Tiber.

En su nombre, es, pues, que hemos citado algunos de los hechos criminales que con caracteres más pasados se destacan en el cuadro de lo pasado.

Y para terminar añadiremos.

No nos hablésemos ocupado de la fabulilla que nos refiere «La Unión Católica» (pues hablando francamente, cosas de esa naturaleza no lo merecen) sino viésemos en ella la intención manifiesta de querer presentar la idea liberal como la causa del crimen y del terror, y a sus proclamas como poseídas del espíritu del mal, del alma misma de Luzbel, dorando la palabra con una reminiscencia histórica innegable: la del levantamiento de Agosto de 1835 contra el absolutismo y la tiranía, encarnados y sostenidos por el Clero; y si no viésemos que con predicas de esa especie persiguen el mezziquino fin de relajar los vínculos sociales ya harto, degradingamente, laxos por

cuestiones de otro orden, y dividiendo así poder reinar.

Si hemos, pues, sido inexorables al presentar hechos que hablan bien poco en favor de la moral, de la bondad y santidad de la causa de los Papas y de la Iglesia Romana, es por que ellos mismos nos hostigan y constriñen a ello con sus deformes, y falaces invenciones.

Cúlpensen, pues, así mismo de la causa que motiva estas a otras parecidas. Haneas, y tengan en cuenta que si solo se preocuparan de su ministerio espiritual, ningún liberal se atrevería a hacerles impugnaciones, evitándose, además, recibir los ataques que la verdad histórica les dirijirá por doquiera, mientras la libertad de pensamiento no sea una mentira.—

E. P. M.

Abril 1.º/1900.

### El puente del Yi y las inundaciones

En distintas épocas, esta hoja se ha ocupado de denunciar a la Junta Económica las causas que originan periódicamente, a los pobladores de la ribera izquierda de nuestro río, los perjuicios serios y lamentables que están ocurriendo en estos momentos.

No se precisa ser constructor, ingeniero ó hombre de ciencias, para convenirse de que las grandes inundaciones que estamos soportando, casi año por año, tienen por causa la construcción inadecuada y falta de previsión del puente del Yi, perteneciente a la empresa del F.C.C. del U.

Para convencerse de esta sencilla verdad bastaría ir en el momento actual a presenciar la creciente, en las proximidades del puente: en la parte de arriba tienen las aguas próximamente un metro mas de elevación que en el lado izquierdo de los terraplenes, donde está el puente, lo que quiere decir que quitado ese estorbo, las aguas correrían ampliamente y bajaría el Yi, en el acto, cuando menos un metro de su nivel.

Corroborando esta opinión, que a simple vista es un convencimiento, tenemos el antecedente de la gran creciente del año 84, que derribó el referido terraplen en algunos centenares de metros, dando libre paso a las aguas allí detenidas.

A quel hecho pudo haber bastado para que la empresa del Ferro-Carril reconociera el inmenso perjuicio que está causando al Durazno, y lo reparara, ó para que nuestra Junta hubiese iniciado serias gestiones, para obligar a la empresa a corregir sus obras; pero nada de esto ha ocurrido. La empresa alzó el nivel del terraplen, para evitarse perjuicios quedando así mas sólida la represa,—y la Junta, guardó profundo silencio.

¿Qué le importa a la Compañía que el Yi derrumbe cada año cuarenta ó cincuenta casas?—El Pueblo del Durazno, siempre filántropo y generoso, remedia con suscripciones populares los perjuicios que causa el río, y el oro del pueblo marcha anualmente a Londres a enriquecer a los felices accionistas del Ferro-Carril.

Pero como todo tiene su término, y hasta la paciencia de los santos se agota, creemos que haya llegado ya para nuestra Junta, el caso supremo de no soportar tan pesada carga, so pena de hacer

DE ANTONIO RINALDI—CALLE Yf 169

En esta sastrería encontrará empuñantes generosos y peños de todas las ses, como igualmente cortes de pan

1